



Carlos Osoro Sierra
Arzobispo de Oviedo

Catequesis sobre los Misterios Luminosos del Santo Rosario Segundo misterio: La autorrevelación del Señor en las bodas de Caná

Santa Cueva de Covadonga, 9 de enero de 2003

En el segundo misterio luminoso podemos contemplar cómo Jesús se autorrevela como Dios en medio de los hombres. Pero mi deseo es que descubramos a quien, con insistencia particular, provoca que se realice esta autorrevelación o esta manifestación pública de la identidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Entremos por un momento en la escena: María, Jesús y sus discípulos habían sido invitados a una boda. En esa fiesta falta algo importante para que la misma continúe: “falta el vino”. Me gustaría que, ya desde ahora, vieseis en ese “vino” que falta, todo aquello que es necesario para construir la vida personal, la vida social, la historia, las relaciones entre los hombres; es decir, falta Dios en medio de aquella situación, para dar profundidad y sentido a uno mismo y a todo lo que existe. Pues bien, hay una persona singular que provoca que públicamente se manifieste la presencia de Dios y es precisamente María, a quien nosotros entrañablemente llamamos la Santina.

María, viendo que la “fiesta” no se podía realizar –no solo porque se había terminado el vino que tenían, sino porque ese “vino” no llena las expectativas de los hombres, ni llega a la profundidad del corazón y de la historia para hacer y sentir la felicidad– aproxima lo que Dios quiso siempre que aportase desde el momento que dijo “sí” a Dios mismo. Hemos de caer en la cuenta de que cuando falta Dios, algo esencial falta. Cuando falta Dios, faltan fundamentos. En esta situación María se dirige a su Hijo Jesucristo para comunicarle que «*no tienen vino*». ¡Qué alegría da ver a nuestra Madre protagonizando el hecho de ser la primera misionera! María es el primer ser humano que quiere introducir a Dios en la historia, en las situaciones que viven los hombres.

Siempre he pensado que no es casualidad que la Virgen María esté presente en los momentos más importantes de la vida de la humanidad: Es protagonista principal cuando Dios llega a este mundo; lo es cuando Dios entrega a la humanidad el primer signo que evidencia que es Dios, como es el caso de las bodas de Caná; lo es cuando el Señor da la vida por los hombres en la Cruz y, lo es también, en el inicio mismo de la vida de la Iglesia. ¿Por qué esto es así? Quiero entender que el Señor desea que en los momentos más importantes de la vida de toda persona, la Virgen María esté presente; que Ella sea como el “hogar”, el “nido”, la “mano” que nos coge y acoge, que nos alienta y aviva el corazón, que nos da esperanza y confianza. La cercanía de María nos invita a ser misioneros, para allegar la presencia de Dios a todos los hombres y a todas las situaciones de la vida.

En esa fiesta el Señor se autorrevela, entrega su identidad. El milagro de convertir el agua en vino es hacer presente y visible la presencia de Dios en medio de los hombres. La autorrevelación del Señor nos está invitando y provocando a entregar también, sin miedos, nuestra propia identidad. Un discípulo de Cristo no puede disimular su propia condición y pertenencia. No puede guardar la Vida que el Señor puso en él. Si recordáis la catequesis del primer misterio, el bautismo del Señor nos recordaba nuestro propio Bautismo, nos recordaba la Vida misma del Señor que había sido depositada en nosotros. Nuestra identidad pasa por expresar y manifestar la Vida que tenemos, en la que vivimos y somos. Hemos de darnos a conocer en lo que somos. Por sus obras los conoceréis. La Vida del Señor en nosotros tiene que ser lo que nos identifique ante todos, y para hacer esto permanece a nuestro lado María. Ella nos ayuda y alienta a perseverar en la identidad que Él nos ha dado.

Para perdurar en esa identidad de cristianos y discípulos de Jesús, hay que escuchar siempre las palabras que la Virgen María, en las bodas de Caná, dirigió a quienes servían a los demás: «*haced lo que Él os diga*». El Señor al constituirnos por el Bautismo miembros vivos de su Iglesia, nos hace también servidores de todos los hombres, al mismo estilo de Jesús, con su misma “Vida”. Tenemos, por tanto, que “servir el vino bueno”; hemos de aproximar a la

vida de cada ser humano a Dios mismo. Lo haremos si escuchamos a María con la misma atención que lo hicieron aquellos servidores de las bodas de Caná, pues Ella nos sigue diciendo: «haced lo que Él os diga». En cumplir el mandato de nuestra Madre está todo nuestro trabajo. De ahí que contemplar al Señor, dialogar con Él, vivir en y desde Él, hacer sus mismas obras, es la gran tarea a la que tenemos que aproximar siempre nuestra vida. Seremos así personas que aportamos a la convivencia la originalidad más grande que se puede entregar, la identidad que nos viene dada por participar como hijos de Dios de la naturaleza divina.

Nuestra Señora de Covadonga: En esta tarde, al contemplar este misterio de la “luz”, la autorrevelación del Señor en las bodas de Caná, te pido con todas las fuerzas de que soy capaz que también, como en Caná de Galilea, tú que de un modo tan singular te hiciste presente en esta tierra de Asturias, nos digas a todos los asturianos: «*haced lo que Él os diga*». Tengo la seguridad de que estas palabras salidas de tus labios, tienen siempre una acogida en el corazón de todo asturiano.

Santina de Covadonga, ruega por nosotros. Amén.

+ Pablo, Arzobispo de Oviedo
